

LLAMAS Y LIBROS

(DOBLE RAÍZ DEL PERÚ)

(En la inauguración de la Exposición del Libro Peruano. Semana Cultural Peruana. Madrid, Mayo, 1957.)

La mañana era fresca, de cielo nítido y con aire seco, de altura. Subía yo por aquella calle ancha. Cuando, de pronto, se abrió una portalada grande sobre la misma acera, y salieron, ante mis ojos, extasiados y asombrados, una, dos, tres, ocho, diez, una docena de llamas airoosas, de tanta gallardía que casi parecían espirituales. Salieron indiferentes a mi proximidad, ellas, criaturas de la serranía, genios antiguos de aquellas tierras. Salían con un trotecillo corto y brioso. Y tras ellas, y también con un trotecillo de alimaña montaraz, un indiecito, con su poncho y su caperuza.

Estábamos en la ciudad del Cuzco, en la vieja capital de los Incas.

Yo recuerdo la hora temprana, el prisma de sombra que rasga durante la calle soleada. Y me veo allí, extraño a aquello, absorto y maravillado.

A veces, sucesos triviales, de esos que no se consignan en los libros, calan mucho más hondo en nuestro espíritu. Yo digo «Perú», y lo primero que viene a mi mente es la escena aquélla, doce llamas, cada una con su pequeña carga, que trotan garbosas, y el indio, algo retrasado, que acelera el paso para reunirse a ellas.

No; los españoles, la superposición de la cultura europea, la vida moderna, no han podido arrancar esas profundas raíces. Allí están, allí esperan su hora.

Y luego, todo, todo en la vieja ciudad incaica me hablaba lo mismo: ante mis ojos se alzaban estupendas moles coloniales, la Catedral, la Iglesia de la Compañía. Las calles juntaban los atractivos de una Avila y un Toledo, como dispuestos para el más hastiado turista, para lograr excitarle a fuerza de encantos hispánicos. Pero no; acercaos a los muros: la victoria será de la sillería incaica, de matemática juntura, que no conoció la argamasa. Y al asomarme a los patios renacentistas, ¿qué voces eran las que oía? ¿Qué hablaban esas gentes? Hablaban quechua. Yo,

entonces, sentía un estremecimiento, casi terror. Aquellos patios me parecían como esas ruinas en medio de la selva, de nuevo poco a poco invadidas por la tozuda vegetación que recobra su imperio.

Quiere esto decir que en el Perú hay un agua profunda, unos zumos antiquísimos que no sólo no se han extinguido ni agotado, sino que, momentáneamente detenidos, no han llegado a regar—o escasamente—las células nuevas; que un día han de hacerlo, y que ese día será aquel en el que el Perú se exprese en plenitud de gloria.

Quería decir esto aquí, y en este día, porque no soy uno de esos españoles de mentalidad virreinal—ya van quedando pocos, gracias a Dios—que quieren mirar la historia americana como una película que corre al revés y va a terminar en la conquista española. No; veamos los países que hoy tienen nuestra habla, en su realidad y en su proyección hacia el futuro. Hay entre nosotros quienes no cesan de elevar, frente a la llamada leyenda negra, otra leyenda blanca; leyendas, al fin y al cabo, la una y la otra. Hay quienes no cesan de recordar lo que hicimos por América, lo que dimos a América, etc. No me parece generoso estar siempre recordando a los amigos lo mucho que nos deben. Creo mucho más noble seguir, en silencio, cultivando la amistad, sin buscar nada. O, si no, por lo menos, si recordamos que nosotros hicimos a América, no olvidemos que América nos hizo a nosotros, pues sin América no se concibe nuestra época áurea. Luego tanto debemos como nos deben. Quizá, quizá, ocurra que estos caminos más generosos sean también los más prácticos.

Así me ocurre que en el Perú, mucho más que su historia (su historia prehispánica y su historia hispánica), me interesa su futuro. Futuro interesantísimo. Porque su futuro lo veo difícil, peligroso; pero, por eso mismo, más lleno de posibilidades. Yo veo al Perú inestable—no homogeneizado—en su mezcla de razas (indígena, española, negra, japonesa, china, europeas en general), con tipos humanos extrañamente cambiantes y de características contrastadas. Es curioso: parece como si los contrastes del suelo fueran también como una imagen geográfica de esa difícil amalgama de sangres que hay en lo étnico: zonas visitadas sólo del cóndor; inextricables enredos de altísimas sierras, que se vierten sobre valles, a veces muy feraces, pero que prontamente van a precipitarse en el Pacífico o que, al Norte, terminan en el desierto amarillo oscuro, sobre el que desde mi avión parecían extraños árboles sin hoja las torretas del petróleo. Y, por el otro lado, los montes se

abren sobre la selva amazónica, un territorio inmenso, casi la mitad del suelo peruano : fantástica reserva de riqueza, pero hoy casi intocable.

Difícilmente un país puede reunir más y más contrastadas condiciones naturales de sangre y de suelo. En el Perú hay peligro en la sangre del hombre y hay peligro en la tierra. Esa fué la dura y fuerte impresión que yo saqué en 1948; quizá todo está hoy muy dulcificado del lado humano—gracias a una inteligente política de concordia—y lo estará más cuando—del lado geográfico—la selva se conquiste, la alta montaña se venza y el desierto definitivamente se haga productivo. Pero yo he de decir mi directa y sincera impresión : el duro contraste del Perú dejó en mí hondísima huella; no me recato en afirmar que fué la más fuerte de todas las imágenes sudamericanas grabadas en mi retina.

¡Ah, cuando todo se resuelva en unidad, cuando todas esas fuerzas se junten en creadora armonía! ¡Qué magnífico futuro el de este pueblo que hoy atrae como ninguno nuestra curiosidad de hastiados y escépticos europeos!

Creo, pues, en la virtud de esa savia, de esos zumos autóctonos, maravillosamente intactos en la sede de los incas.

Y creo, naturalmente, en el injerto de la sangre española; y claro está que creo en que para los destinos del Perú era necesaria la acción fecundante de la cultura de España primero, y de la general europea, francesa, inglesa, etc., después.

Precisamente esta exposición que se inaugura hoy es una buena prueba de ello.

Muchas, muchas aguas tienen que llover sobre la cultura de un país para que se produzca un hombre como César Vallejo.

Pero las primeras fueron españolas.

¿Y cómo caen los primeros elementos culturales españoles sobre el corazón virginal del centro incaico?

Mucho se ha discutido qué es lo que llevaba a los españoles a la conquista americana : unos dicen que el espíritu; otros, que la sed de oro.

En otra ocasión he considerado conjuntamente los primeros vavidos—allá en el fondo de la Edad Media—de tres lenguas europeas : el francés, el italiano y el español, recién salidas del cascarón latino. ¿Qué carácter tienen los primeros documentos redactados en esos idiomas? El francés hace sus primeros pinitos en los jura-

mentos de Estrasburgo, un tratado político y guerrero: lo que era de esperar. El italiano—nos nos extraña—lo hace con unos juramentos sobre un pleito de carácter económico. ¿Y el español? El español, y no nos maravilla nada tampoco, con una breve, desnuda y temblorosa oración a Dios: unas pocas líneas que salen del alma de un hombre del siglo x, y van en busca de la divinidad.

Y ahora miremos al Perú, a los comienzos del injerto de la cultura española. Nada mejor para considerar la primera impregnación cultural venida de España que la huella que nos queda en la imprenta. *La Imprenta en Lima*, la obra monumental del chileno José Toribio Medina nos permite seguir esos primeros vagidos del libro peruano, paso a paso.

¿Cuál es el primer libro que se imprime? Una *Doctrina Cristiana* (1584) y a continuación un *Confesionario*. Lo primero que de la cultura española se vierte en tierras del Perú es el más alto anhelo cultural: el religioso.

Los españoles no llevamos por delante preocupaciones intelectuales como los franceses. Somos hombres de acción: acción física, militar, y acción espiritual, religiosa (recordemos los *Ejercicios espirituales*). Y así, al Perú llevamos, ante todo, esa necesidad de modelar almas para Dios, que es la propaganda religiosa.

No nos extraña que sólo en cuarto lugar aparezca un libro científico-práctico, un *Arte y Vocabulario de la lengua quechua*, impreso en 1586. Pero si ahora volvemos los ojos a las obras de carácter religioso, impresas antes y que ya hemos mencionado, veremos que todas ellas estaban, al par, en tres lenguas: en castellano, quechua y en aymará. Sin preocupaciones intelectuales, llevados sólo por su deseo de ganar almas para Dios, los misioneros españoles, aquí como en Méjico y en todas partes, estaban haciendo una formidable obra lingüística.

Pero, ¿y las preocupaciones materiales?

Sí, pronto se imprime en Lima un libro sobre el impuesto de la *Alcabala*. Pero eso ocurre sólo ocho años después de haberse comenzado a facilitar por medio del libro la propaganda religiosa y, a consecuencia de ella (sólo a consecuencia de ella, pero con extraordinarios resultados), el estudio de las lenguas indígenas.

El orden en que van apareciendo estas primeras publicaciones limeñas es muy interesante:

Lo político y lo militar viene detrás, sólo detrás, diez años después, en 1594, con un libro sobre el pirata Hawkins (al que llama-

ban Aquines), con pintoresca interpretación fonética. Después entra lo administrativo con unas ordenanzas, 1594.

Se suele decir que el Siglo de Oro español sufre una hipertrofia de lo literario. Pues bien, sólo doce años después de la introducción de la imprenta en Lima se publica allí *El Arauco domado*, el poema de Pedro de Oña (1596).

¿Hemos ido los españoles al Perú en busca del oro y de la plata indios? Sólo después de las publicaciones religiosas, gramaticales, fiscales, político-guerreras, administrativas y poéticas; sólo después de haberse comprobado por medio de la imprenta la preocupación por esos aspectos culturales, aparece en Lima el *Libro general de la reducción del oro y plata*, una obra que quería evitar el trabacuentas en los envíos de estos metales preciosos. ¡Sólo después de tantos otros aspectos culturales, sólo trece años después de introducida la imprenta en Lima!

Y no es que yo quiera sacar consecuencias rigurosas de esta ordenación. Pero se me figura curiosa: primero aparece lo religioso; luego, lo lingüístico; luego, otros muchos aspectos culturales. Y sólo al final del siglo XVI, y después de trece años de imprenta, un libro sobre la cuenta del oro y de la plata.

Y me parece aún más curioso, porque viene como a reforzar aquella observación mía de hace años sobre los primeros vagidos en los primeros documentos en lenguas europeas. Lo que allí salía de esa comparación, eso mismo, resalta ahora al comparar entre sí los primeros libros impresos en Lima: para el hombre español lo primero es Dios. Busca ante todo a Dios y almas para Dios, y piensa que lo demás se le dará por añadidura.

Ese hondo anhelo espiritual es lo primero que España injerta en el virginal corazón de los pueblos conquistados.

De ese hondo anhelo habían de salir grandes beneficios para la cultura de América, y no lo ocultaremos, del olvido de algunos otros campos, grandes males. Bienes y males: así ocurre en todas las herencias.

Después siguió ese influjo español y vinieron con los siglos a juntarse otros influjos europeos: y a todo debe algo la cultura actual peruana, así como también a la tradición criolla virreinal, que a veces alcanzó niveles muy altos.

La huella de todo eso, el maravilloso resultado de todo eso, está parcialmente representado en esta exposición que espíritus juveniles han juntado y hoy se inaugura.

Pero yo espero todavía para el Perú un destino más alto. Aún no han dicho su palabra los viejos genios tutelares. Y yo pienso en la mañana de sol, en la vieja ciudad de los Incas, en el fresco de la altura, en las llamitas, tan garbosas que parecían espíritu, y en el indiecito del roto poncho, que trotaba, trotaba también él, cuesta arriba, para darles alcance.

Dámaso Alonso.
Travesía del Zarzal, s/n.
Chamartín de la Rosa.
(MADRID)